

La Liturgia como Oración Comunitaria

Muchos de nosotros recordamos la Misa anterior al Concilio Vaticano Segundo en forma cariñosa. Asistíamos a Misa no solo por el sentido de obligación, sino porque era el tiempo de cada semana que estaba reservado para "Dios y para mí."

Mientras asistíamos a la Iglesia en grandes números, asistíamos también como individuos. No hablábamos o interactuábamos uno con el otro durante la liturgia. Cada uno se concentraba en su propia plegaria. Algunos rezaban el rosario o alguna otra oración devocional. Algunos leían libros religiosos. Algunos trataban de seguir la Misa que se decía en Latín, siguiendo el "misal para el pueblo." Algunos oraban silenciosamente desde el fondo de su corazón. La Misa que se celebraba anterior al Vaticano II era a la que los católicos asistían, pero también era en la que raramente unían sus plegarias.

Esta no fue la liturgia Eucarística de la Iglesia temprana. De la enseñanza de la escritura y la liturgia en el inicio del siglo XX, aprendimos que la iglesia primitiva celebraba la liturgia en comunidad, como el pueblo de Dios, devoto a Dios y uno al otro en el Señor Jesucristo. Ellos de una manera completa, consciente y activa, participaban en el sacrificio de la Misa como el derecho y la obligación de su bautismo en Cristo.

A través de los siglos, por un gran número de razones, la Misa se convirtió cada vez menos en la celebración del pueblo de Dios bajo la dirección del obispo o el sacerdote. La Misa en cambio se convirtió en la plegaria del clérigo. Puesto que su lenguaje continuaba siendo el Latín, mucho después que el Latín dejó de ser el lenguaje del pueblo, la Misa se convirtió en algo cada vez más y más intangible para las personas comunes. Es por eso que el pueblo desarrolló sus propias

plegarias y devociones en la Misa, puesto que su participación no era necesaria o deseada. Conscientes de este desarrollo histórico, el Consejo de Padres deseaba restaurar partes de la liturgia, para celebrarlas como había sido en los inicios de la iglesia. En ninguna parte fue más evidente que en La Constitución de la Sagrada Liturgia. "Y así la iglesia dedicó cuidadosos esfuerzos para evitar que los devotos Cristianos asistieran a este misterio de fe como si fueran extraños o silenciosos espectadores; en su lugar, teniendo un buen entendimiento de este misterio, pensaron que el ritual y las oraciones, debían ser compartidas en un evento de adoración, conscientes de lo que estaba pasando y devotamente involucrados" (CSL #48)

Así que cuando asistimos a Misa, sea Domingo o día de la semana, la iglesia nos llama a participar activamente como una comunidad de creyentes bautizados. Esta participación activa puede tomar muchas formas – cantos comunes y silencio, acciones y posturas comunes, escuchar y responder en forma común. Pero sobre todo, la Iglesia nos llama a "prestar atención" a lo que Dios está haciendo alrededor de nosotros y entre nosotros, mientras celebramos la sagrada liturgia.

De hecho, el Consejo de Padres nos recuerda que la participación nunca es exitosa a menos que sea preparada para "celebrarse con la disposición apropiada tanto de corazón como de mente. Lo que (devotos) piensan y sienten deberá estar de acuerdo con lo que dicen; deberán hacer su parte en el trabajo de gracia que viene desde arriba si es que no lo han recibido en vano" (CSL, #11).